

*Así callado, aún mis labios en los tuyos
te respiro ...*

(«Beso póstumo».)

Calla junto a la roca, y duerme

(«Permanencia».)

*Oh, calla:
escucha*

(«Otra verdad».)

*... Callado el corazón, mudos los ojos,
tu pensamiento lento se deshace
en el aire ...*

(«Pensamientos finales».)

Está y no estuvo, pero estuvo y calla.

(«El olvido».)

Consciente de la interrupción del discurso por la muerte física o por la muerte de la palabra—que se identifican—al reemprenderlo en los *Diálogos del conocimiento* Vicente Aleixandre se acerca a aquella «escritura vocal»—«escribir en voz alta»—que Barthes reivindica, recordando las recomendaciones de Artaud y de Sollers (10).

Estos diálogos póstumos—o quizá simplemente escritos con «la plena sabiduría de la muerte», como quiere Leopoldo de Luis—concitan alrededor del poeta, como las imágenes que pasan en rápida sucesión por la mente del que se ahoga, una serie de personajes, que parecen querer dar cuerpo y concreción al discurso. En esencia, culmina aquí la actitud dialéctica aleixandrina, ya que cada poema nos muestra un diálogo o coloquio—que, en puridad, es lo que Unamuno podría llamar monodialogos y nosotros monólogos agrupados—como si el yo desaparecido—o en trance de desaparecer—renaciera asumido por una serie de voces, que son, en cierta medida, cauces de distintos monólogos interiores convergentes, que nos prestan una visión múltiple y perspectivista de la realidad. De tal modo que se llega a una visión total a través de una confusión parecida a la que informa, en el alba de nuestro pensamiento, la combinatoria luliana. Porque, a su vez, estos diálogos se combinan en poemas distintos que se complementan, llegándose así a una síntesis para la que no ha habido que sacrificar, en aras de la unidad, ninguno de los distintos componentes.

La visión del soldado se completa con la del brujo—complementadas, a su vez, por la del pájaro y la alondra—en «Sonido de la

(10) Barthes, Roland: *The pleasure of the text*, Hill and Wang, N. Y., 1975, p. 66.

guerra», que a su vez se engarza con el diálogo de El y Ella: «Los amantes viejos». El mundo de la Maja necesita del de la Vieja, y ambas precisan de los del Lazarillo y del Mendigo. Nadie es el Inquisidor, sin el Acólito, pero su vida es vana—es decir, inexistente—si no la vemos a la luz del Amador y del Dandy del «Diálogo de los enajenados». El contrapunto del Viejo es la Muchacha, y el de ambos, «Los amantes jóvenes»—que, en nuestro recuerdo de lectores, se relacionan fácilmente con los anteriores «amantes viejos»...

Como en un friso mágico se precipitan, en círculos concéntricos cada vez más amplios, los ámbitos evocados:

*Roto un cielo que es mundo
total, ingresa un orbe por el rompiente: invade.
Ah, perpetua invasión rodando en orden, hacia ti que contemplas.*

nos había dicho el poeta en el poema «Las Meninas» de *En un vasto dominio*. «Mundo total» es el que ahora nos ofrece Vicente Aleixandre. Lo ha mirado con los ojos del pintor al que dedicara uno de sus máximos homenajes. Y como en ellos

*... va ganando ser, realidad, existencia: mientras crece en sus límites,
en la total conciencia de su existir, que es numen donde todo es
[presencia.*

Aduzco el cuadro velazqueño porque en él—según Eugenio d'Ors—se da «una síntesis de elementos tan perfecta que en ella el contemplador parece a punto de alcanzar aquel don atribuido al Ser Supremo por la teología: verlo todo en acto único, de una vez» (11).

No podríamos definir mejor el conocimiento total que nos prestan los últimos diálogos aleixandrinos, pero al mismo tiempo, al igual que en «Las Meninas» tenemos un cuadro sobre el acto de pintar, en los *Diálogos del conocimiento* el poeta nos transmite su más honda sabiduría a través de un último comentario sobre el hacer poético.

Esto es lo que nos comunica centralmente el diálogo «Dos vidas», en el que El Joven Poeta Primero, nacido «a la orilla del mar» y el Joven Poeta Segundo, «bajo estos cielos claros», son como dos encarnaciones—reencarnaciones—de la voz que en ellos se consume, se consume, como si quisieran asegurarle pervivencia, supervivencia.

Los últimos diálogos enfrentan—es decir, confunden—al toro y al torero, separados—unidos—por el público, como una alegoría del

(11) D'Ors, Eugenio: *Tres horas en el Museo del Prado*, Ediciones Españolas, S. A., Madrid, 1940, p. 114.

presente al que se opone —se suma— la búsqueda del tiempo perdido —alquimia básica del hacer literario— a cargo de Proust y de su personaje y *alter ego* Swann, que calla cuando su creador está muriendo:

*Ahora callas, lo sé. Todo es silencio y basta.
En mi cuarto yo muero, con vosotros mirándome
mientras trazo los últimos resplandores de un orbe.
Fugitivo, instantáneo, pero no más deseo.
Fuí y he sido. Escuchadme.*

Pero no:

soy mis sombras.

Estamos condenados a ser nuestras sombras y en estricta correspondencia —en exacta complementariedad— los últimos diálogos agrupados en el haz final de imágenes, que nos entregan su último mensaje, empiezan con «La sombra», evocación del diálogo inmemorial del niño con el padre —al que se sobrepone, en nuestro recuerdo, el estremecedor «Padre mío» de *Sombra del paraíso*—, en el que se asienta, en cierto modo, toda la poesía. A él se yuxtapone el que nos presenta las almas enajenadas de Yolas el navegante y de Pedro el peregrino, cuyas voces convergentes nos dan, en última metáfora, los distintos caminos y avenidas que se ofrecen al hombre, para terminar, de nuevo, en la experiencia de la consumación —*Quien baila se consume*— que une este libro al anterior, como si el tiempo se hubiese detenido en la expresión exacta de la proximidad de la desaparición, del silencio...

En este mágico umbral parece como si los personajes que aparecen en los *Diálogos* se hubieran despojado de su envoltura carnal y pusieran al lector directamente en contacto con sus almas, a la manera de nuestros autos sacramentales.

Los monólogos interiores de los *Diálogos del conocimiento* —monólogos paralelos y convergentes, pero que nunca llegan propiamente al diálogo, si no lo entendemos como lo que es: diálogo metafísico— establecen, en cambio, un diálogo inmediato con el lector, que se constituye en el intermediario imprescindible entre las distintas meditaciones, que sin él, sin su participación activa, quedarían reducidas a un haz de trucas y disminuidas incitaciones. Pero éstas son siempre —y por encima de todo— incitaciones al diálogo, que sólo al ser tamizadas por el lector advienen a su sentido último. La incorporación del lector es, pues, absoluta. Sin ella, sin la visión que los unifica, estos diálogos serían, en cierta manera diálogos incompletos, y aquí reside su estremecedora modernidad, porque si la «hora del lector» sonó para nuestros críticos

hace ya bastantes años (12), nuestros autores han tardado mucho más en aceptarla y, en puridad, quizá sea el último libro de Vicente Aleixandre el que le ha dado entre nosotros la vigencia definitiva que hoy tiene en el mundo.

Es el lector quien tiene que elegir—y antes que todo entre la disyunción o la identificación—cuando el poeta—El Bailarín—se despide diciéndole:

*Es el fin. Yo he dormido mientras bailaba o sueño.
Soy leve como un ángel que unos labios pronuncian.
Con la rosa en la mano adelanto mi vida
y lo que ofrezco es oro o es un puñal, o un muerto.*

Culmina en estos versos—por ahora—un gigantesco esfuerzo de síntesis en nuestra poesía. Se unen decisivamente en *Diálogos del conocimiento* las dos grandes constantes, que Carlos Bousoño advirtiera, desde su inicio, en la obra aleixandrina: la solidaridad cósmica y la solidaridad humana.

En este sentido de síntesis biocósmica la obra poética de Vicente Aleixandre sólo puede compararse al esfuerzo científico-filosófico de Teilhard de Chardin. Sin en este último caso se puede hablar, como lo ha hecho la crítica especializada, de una alianza entre biogenética y cosmogenética, en el de Vicente Aleixandre lo humano y lo cósmico se unen con la misma intensidad, después de sus derrotas paralelas a lo largo de una de las obras más apasionantes de nuestra poesía. En ambos casos, tanto en la que Teilhard llamara la *Vida humana general* como en la solidaridad humana que detectamos en la poesía aleixandrina, vemos dibujarse el cañamazo de unas coordenadas imprescindibles por las que la humanidad inquiere su futuro.

Esta vía quizá se vea, con mayor claridad, en los dos últimos libros de Vicente Aleixandre, como la vemos asimismo resplandecer, sobre todo, en *El fenómeno humano*, el libro póstumo de Teilhard de Chardin. La visión total que en este libro se preconiza reconoce que «ha llegado el momento de darse cuenta de que una interpretación incluso positivista del Universo debe atender, para ser satisfactoria, tanto al interior cuanto al exterior de las cosas: el Espíritu tanto como la Materia» (13).

Esta es la clave de los más recientes análisis de la poesía aleixandrina, que sólo en función de esta relación puede comprenderse.

En un texto posterior a los *Diálogos del conocimiento* el poeta

(12) Castellet, José María: *La hora del lector*, Seix y Barral, Barcelona, 1957.

(13) Teilhard de Chardin, Pierre: «Phénomène humain», Prólogo, T. I. de Oeuvres, París, Editions du Seuil, 1955, p. 30.

expresa quizá con mayor claridad aún la preocupación central de sus dos últimos libros. Se trata de *La última vez*, que constituye un último encuentro con el poeta Alfonso Costafreda y que se publicara al frente de su libro póstumo *Suicidios y otras muertes*.

A Alfonso Costafreda le dedicará Aleixandre su poema «El moribundo» de *Nacimiento último*, honrando así una íntima preferencia del poeta, que tan centralmente se preocupara por la experiencia de la muerte. En aquel poema tenemos una primera formulación del último silencio, preñado del total conocimiento que da el final de la vida. En *La última vez* se formula con la misma intensidad—ya que los encuentros son, como el poeta ha manifestado reiteradamente, poemas en prosa—el tema de la sabiduría que sólo se alcanza en la linde final de la existencia. Dice Aleixandre contemplando al poeta que le visita...

«Era el mismo muchacho de hacía veinticinco años. Pero estaba frente a otro más. El presente, después. Y yo lo presentí. El escritor de sus versos finales (yo no podía llamarlos finales), pero el poeta verdadero que estaba justificado, presente, representado, con una ardiente voz donde la vida es el borde de la muerte, la conciencia de su consecución» (14).

Esta «ardiente voz donde la vida es el borde de la muerte, la conciencia de su consecución» podemos oírla muy pocas veces. Aca-so la última voz de Yeats, o el último silencio de Pound... En el caso de Vicente Aleixandre en esta voz, tocada por el aía infinita, culmina—por ahora—un proceso de aspiración a la totalidad, que estuvo presente, desde siempre, en su poesía, pero que parece extremarse en sus dos últimos libros. En ellos el fluir de la vida se remansa para ofrecernos su secreto último: un instante de luz entre las tinieblas que se rasgaron y que tornarán, inevitablemente, a cerrarse. Como el relámpago, entre dos eternidades, de uno de sus poemas... Pero en este instante el poeta nos presta—más que nunca—la clave de una visión integral del mundo, que se asentará en una inicial conciencia cósmica y culminará en una subsiguiente *asunción de lo humano*, dejándonos —para decirlo con uno de sus versos—«el eco del eco de un resplandor», que nos acompañará para siempre...

JAIME FERRAN

H. B. C.
Syracuse University
SYRACUSE, N. Y. 13210 (USA)

(14) Costafreda, Alfonso: *Suicidios y otras muertes*, Colección Ocnos, Barraf Editores, 1974, p. 8.